

Bitácora Alice: del dicho al hecho

“Ahí donde te lleve la vida, incluso aunque no te sientas capaz de ocupar ese espacio, ese es el exacto lugar donde tenés que estar” dijo al grupo. Y como era profesora de filosofía le creí. De ahí en adelante inicié un proceso de resignificación de cada experiencia, incluso -y sobre todas las cosas- de aquellas que rechazaba.

Las noches en las que me proponían desde la Universidad integrarme como Ayudante de la flamante Cátedra de una teatrista platense llamada Alicia, estaban destinadas a un entrenamiento actoral. Cuando un tanto apenada le comuniqué a la profesora el motivo por el cual debía dejar el taller se alegró y me respondió “Confiemos en la sabiduría de los tiempos que propone la vida”. Dicho y hecho.

Después de charlar vía telefónica, Alicia me esperó sentada al rayo del sol en el banco de la sede de Venezuela de la UNA. Tenía el pelo carré y un cuerpo que entraba en un vestido diminuto, me contó y le conté, y me propuso que demos una clase cada una así nos íbamos conociendo en el trabajo. Alicia propuso la elaboración de una **Bitácora**, primera herramienta que quiero destacar: La propuesta consistía en que alguien se designara para elaborar un relato objetivo y subjetivo de lo transitado en clase. El/la/le Bitacorista debía traer el relato impreso y compartirlo en voz alta para les compañeres. Al principio solían ser textos correctos, escuetos, para cumplir. Alicia siempre incitaba a que el resto aporte sobre aquella reconstrucción de la clase, alentando al diálogo y reflexión colectiva. También valoraba cada elemento que surgía del autor, ya sea alguna figura literaria, o la manera de nombrar alguna vivencia en particular, o bien alguna cita textual, o cualquier asociación con la vida u otros materiales de referencia, y sobre todo valoraba las **preguntas** que surgían. La bitácora resultó ser una herramienta poderosa, no sólo como registro del propio tránsito, sino también como habilitadora de la propia voz, en todos los aspectos de esa palabra, como entrenamiento para nombrar la experiencia, -tarea dificultosa para quienes ejercemos éste lenguaje-, y crear un código grupal, además de un espacio seguro, de confianza y apertura a todas y cada una de las singulares voces. Abonando la posibilidad del descubrimiento propio, generando las circunstancias propicias para aquello, y la posterior construcción de los saberes que de ahí se desprenden en particular. A medida que iba desarrollándose el ciclo lectivo las bitácoras iban mutando, cada vez más impresas en el espacio que en el papel. Deviniendo en escenas, performances, juegos, arte.

De la misma manera luego de cualquier entrenamiento, o ejercicio previo de disponibilidad para la escena, Alicia preguntaba si había algo que quisieran **nombrar** ya sea de la propia experiencia o de la observación de otros. Lo siguiente que quiero destacar en relación a ésto es el alto grado de **escucha** Siempre disponible incluso y sobre todo en discursos di-

sidentes, en diferentes miradas, formas de nombrar. Insistía en correrse a un lado del **deber ser**, y poco a poco animarse a registrar éstos límites que nos imponemos para permitir que emerja del trabajo, de la vivencia, mayores **permisos**. Generando confianza en el hacer y el decir; la circulación de conocimientos empezaba a hacerse evidente. Un lugar de construcción horizontal de los saberes, la posibilidad de que sean descubiertos por cada quien, en lugar de ser inyectados desde el afuera.

En mi caso particular Alicia fue mi maestra en cada experiencia que yo facilitaba. Desde su lugar de pedagoga en relación a los tiempos de elaboración de una “consigna” (no le convenía demasiado el término) hasta el uso de las palabras adecuadas, etc. A la vez conservando su estilo siempre calmo, elaborado, como si masticara cada palabra que iría a compartir antes de enunciarla, atenta a la posibilidad de que aquellas abran los sentidos. Justas, suficientes y elegidas. Consciente siempre del poder que aquellas suscitan en los cuerpos de los otros.

En relación a éste último quisiera rescatar las ejercitaciones en relación a la **sensorialidad de la voz**. El “Masaje sonoro” donde el toque, el masaje, se daba a través de los sonidos de uno de los compañeros hacia el otro, y luego, el juego escénico de la “banda sonora” donde un grupo funcionaba como banda sonora, creando climas, sosteniendo, la acción de otro grupo que accionaba en el espacio.

En todos los casos partiendo del universo de lo sensorial, de una exploración íntima y progresiva sobre los sentidos. Experiencias que despiertan la piel, los oídos, la mirada, etc, como puerta hacia el presente. La frase que atesoro en relación al trabajo interno, con uno mismo es **“De la piel para adentro”**.

Hay tres ejercicios/experiencias que atesoro a los que Alice nombraba como **“Derivas”**:

-La “Convivencia en silencio”: Experiencia vincular, de a dos, donde todo está permitido excepto el uso de la palabra, con una duración determinada. Al regresar todas a cierta hora, le escribo una carta a mi compañero, rescatando la vivencia de ése estar con el otro.

-El “Show”: Actúo siendo consciente de la presencia de un otro que me registra sobre cualquier dispositivo durante ciertos minutos, hasta que le actúo durante 5 minutos de “show”.

En éstas experiencias las puertas del aula se encontraban abiertas, por lo que al regresar extasiados de vivencias profundas, reales, liminales, luego nos enterábamos que algunos se habían subido a colectivos, habían ingresado a supermercados, etc. Ampliando las fronteras espaciales, vivenciales, y sobre todo en relación al carácter liminal de nuestro lenguaje. La indagación sobre los bordes de “lo real” y “lo ficcional”. Trabajar con lo que ocurre. Lo que me ocurre es el material de actuación. Son dos premisas que solíamos nombrar. Incluso el vínculo con la “consigna”, lo que me ocurre en relación a ésta también es material de actuación. Valorar lo que ocurre como material de actuación implica, en cierto punto, hacerlo consciente. **“Hacer consciente”** otra de las prácticas alentadas por Alice. Hacer consciente para decidir. **“Actuar es tomar decisiones”**, solía decir. De ahí que también hiciera hincapié en investigaciones en torno a la acción, como contenido fundante de la actuación.

Asimismo la vinculación de la experiencia con el material teórico. Alice les pedía que durante el receso invernal leyeran el capítulo “La Actuación”, del último libro de Serrano, -a la vez que alguna novela o texto dramático sobre el que trabajaríamos como universo o punto de partida-. Luego realizábamos lo que ella llamaba una “apertura” del material. Es decir compartir al grupo lo que llamó la atención, acuerdos y desacuerdos, poner sobre la mesa el

material para reflexionar/discutir al respecto, vinculando la teoría con lo vivenciado en clase o en experiencias previas.

Así también, la escucha y apertura no sólo estaba ligada al vínculo con los estudiantes sino también con sus colegas. Siempre valorando (usaba mucho el término “valorar”) lo que el otro proponía, y expresándose en palabras, con genuina honestidad. A partir de la experiencia de nuestro primer año juntas, Alice propuso que reescribiéramos el programa de la Cátedra juntas con términos y contenidos de ambas. Como así también cada ciclo lectivo que se inauguraba Alice enunciaba que la Cátedra llevaba su nombre pero que se había construido entre dos: “Esta es la Cátedra Durán-Varchavsky”.

Más allá de los aspectos inter-áulicos hay una educación que excede lo académico, lo institucional, lo artístico-profesional. Hay una zona cóncava, más vasija que disparo, más oreja que lengua, más amorosa que enjuiciante, que funciona como marco y metodología. Dice el dicho que los maestros educan con el ejemplo. La vida me otorgó el privilegio de asociarme a una que lo supo traducir a la acción.

Gracias Maestra del oficio y del alma. Siempre presente.